

de los indios a cultivar el maíz y la patata; valiéronse de sus pobres utensilios, como el *mastate*, o piedra de moler; enseñáronles, en cambio, sus industrias, sembraron trigo, cebada y otros cereales que se desconocían en América; importaron el buey, el caballo y los animales domésticos tan útiles al hombre, sirviéronse de la llama y de la alpaca; y así fundaron ciudades como Santiago de Chile, Santa Fe de Bogotá y otras que son orgullo del continente, y surgieron pueblos y naciones, marcando algunas veces una lanza clavada en tierra el sitio donde debía alzarse una de las metrópolis del mundo.

No pudo España impedir, a pesar de su poder, que ingleses, irlandeses, franceses y holandeses se establecieran en América, si bien ella y Portugal continuaron ocupando la mayor parte del Continente. Francisco I, envidioso de la fortuna de sus vecinos o previendo el importantísimo papel que en lo futuro representarían las colonias americanas, envió al capitán florentino Verrazzini y a Jacobo Cartier, de Saint Maló, a descubrir tierras al norte de las posesiones españolas, y como alguno le advirtiese que con estas expediciones violaba los derechos otorgados a aquellas naciones por el Pontífice, refirióse que contestó: «Que me enseñen la cláusula del testamento de Adán, en que les dejó a los españoles y portugueses la América.» Cartier descubrió el río San Lorenzo y lo remontó hasta los lagos, fundando a Quebec en el sitio donde se alzaban unas cuantas chozas insignificantes que los naturales llamaban Kelaga. Este fué el origen de la colonia del Canadá, que conservó la Francia hasta 1759, en que se libró la batalla de Quebec, y perecieron los generales Wolf y Montcalm, declarándose la victoria por los ingleses.

El origen de la hoy poderosa república de los Estados Unidos fué romántico y humilde. Harto conocidos son los sucesos que motivaron la peregrinación de los cuákeros de Penn y de los puritanos de *Mayflower*. Era en una época en que en Inglaterra, con la introducción de la Reforma, se había recrudecido el sentimiento religioso hasta el extremo de que se bautizaba a los niños con nombres de guerreros y héroes bíblicos; se llamaba Sabbath al domingo, y buscábanse los principios de la jurisprudencia en los libros de los jueces y de los reyes. Para Cromwell, sus enemigos eran los hijos de Moab y llamaba filisteos y amorreos a los herejes partidarios de Carlos II.

«Los puritanos —dice Buckle— imprimieron a su época un carácter especial. Eran no sólo hombres que pensaban, sino que sentían con toda la intensidad del pensamiento. Los actos de opresión de la Cámara estrellada no eran para tales hombres secretos agravios, sino calamidades públicas intolerables, de cuyo contacto debían huir, porque sus conciencias como sus cuerpos, podían ser infestados. Los de la *Mayflower* antes de desembarcar en América, se ligaron con un pacto en que estipularon solemnemente entre sí formar un cuerpo político civil para su mejor protección y arreglo, y constituir órdenes, leyes, ordenanzas, constituciones y empleos que de tiempo en tiempo juzgasen necesarios para el bien general de la colonia; y este extraordinario documento ha sido mirado siempre como el principio fundamental de las libertades modernas.»

Huyendo de las persecuciones de que eran objeto en Inglaterra, un número de puritanos se embarcó en la *Mayflower*, navecilla que, a decir de Sarmiento, con más razón que la barca de Argos, repleta de guerreros que iban a la descubierta de la

Cólchida, debería figurar entre las constelaciones del cielo.

Los peregrinos de la *Mayflower* tocaron a tierra de América en la bahía de Massachussets, en un lugar llamado hoy Plymouth, y allí, después de una ceremonia religiosa tan grave como sencilla, dieron principio a los trabajos de establecimiento de la colonia, limpiando de árboles y maleza el lugar, y sembrando las semillas que habían traído con ese objeto; pero como calcularan que no les alcanzarían los víveres hasta la recolección de la primera cosecha, enviaron la *Mayflower* a Inglaterra a traer elementos para la colonia. La nave tardó en la vuelta más tiempo del que se esperaba, y ya los infelices peregrinos se creían destinados a perecer de hambre, cuando apuntó una vela en el horizonte, creció, y en breve presentóse a sus ojos la preciosa embarcación. «La Providencia» se había apiadado de sus hijos; «Jehová» enviaba su maná a los peregrinos del desierto; «el pueblo de Israel» se había salvado.

Todos los años se sacrifica un pavo en los Estados Unidos el día de *Thanksgiving* para conmemorar el regreso de la *Mayflower*.

La *Pennsylvania*, llamada así en honor de Cuillermo Penn, fué poblada por los cuáqueros; la *Virginia* por los nobles y caballeros ingleses; *Maryland* por lord Baltimore y los peregrinos católicos, y *Massachussets*, por los de la *Mayflower*. Los holandeses se habían establecido en la isla de Manhattan, y dícese que el terreno donde hoy se alza la triunfal New York fué comprado por una suma irrisoria, algo así como trescientos maravedises. Los ingleses arruinaron los establecimientos de los holandeses y los arrojaron de las orillas del Hudson.

La intolerancia religiosa dominante en Inglaterra favoreció el incremento de la población americana,

sobre todo bajo el reinado de Jacobo I. Sin embargo, la Nueva Inglaterra, o sea los trece Estados primitivos, no contaba cuatro millones de habitantes en la época de su independencia (4 de Julio de 1776).

Algunos escritores americanos, como el ilustre Sarmiento, deslumbrados por los esplendores de la civilización norteamericana, y comparando el maravilloso desenvolvimiento de la República anglosajona con el miserable estado de las Repúblicas de origen español en la segunda mitad del siglo XIX, concluyen que este fenómeno se debe a la superioridad étnica de las razas del norte de Europa, que poblaron aquella nación, sobre la raza hispano-portuguesa que colonizó México, Centro y Sudamérica, haciéndose más sensible esta superioridad a causa de que los anglosajones no se cruzaron con los indígenas, conservando su carácter de europeos, en tanto que los peninsulares «cohabitaron con las hijas de Moabe y dieron origen a una raza de mestizos indolente, regresiva, fanática, sanguinaria e inadaptable a la civilización (1). Esta idea, que Ingegnieros cree que recogió de Buckle el admirable

(1) «Sin ir más lejos, ¿en qué se distingue la colonización del norte de América? En que los anglosajones no admitieron a las razas indígenas, ni como socios ni como siervos en su constitución social. ¿En qué se distingue la colonización española? En que la hizo un monopolio de su propia raza, que no salía de la edad media al trasladarse a América y que absorbió en su sangre una raza prehistórica servil.» (D. F. SARMIENTO, *Conflictos y armonías de las razas en América*, tomo II, pág. 415.)

Es conocida la aversión de los anglosajones a las razas que consideran físicamente inferiores. En los Estados Unidos esta aversión se caracterizó por la destrucción cruel y sistemática de los indios dakotas, seminolas, natchez y otros que poblaban el territorio de la Unión. *The best indian is the indian dead* (el mejor indio es el indio muerto), decían los pia-

autor de *Facundo*, se encuentra expuesta en casi todos los escritores ingleses y norteamericanos que se han ocupado de América y aun en algunos españoles, como Ortiz de la Vega.

«Para Sarmiento —dice Ingegnieros— había dos

dosos puritanos, y fieles a esta máxima, caían por sorpresa sobre las poblaciones de los aborígenes, las arrasaban, arrebatábanles sus sembrados, pillaban sus ganados y los obligaban a retirarse más hacia el Oeste. Así realizaron la conquista del *Fare-West*. La historia de estos crímenes corre incompleta en numerosos escritos de la época; pero, aunque siempre ha sido el *león el pintor*, podemos formarnos una idea aproximada de tales horrores, no justificados por la dura necesidad de la guerra, pues se llevaron a cabo fríamente y a mansalva, sin respeto a los pactos ni a los juramentos más solemnes. Ello no ha impedido que se alcen monumentos «al indio», se grave en las monedas el busto de un piel roja, se escriban cantos a «Oceola» y a «Hiawatta», y se coloque, coronando el Capitolio, la estatua de un indígena.

¿Puede llamarse «raza prehistórica servil» la que produjo monarcas como Neczahualtcoyotl, héroes como Guatémoc, sacerdotes como Tenoch, el Moisés de su pueblo; que edificó ciudades como Palemke, Copán, Chichen, Tenochtitlan y Cuzco, construyó pirámides, observó las estrellas, compuso un calendario superior al europeo, y que, realizada la conquista produjo escritores como Ixtlixóchitl y el inca Garcilaso, poetas como Altamirano y estadistas como Juárez?

Sarmiento quizá tuvo delante de sí al escribir esas líneas al guaraní y al charrúa en su estado de mayor degradación y al mestizo de las pampas, cuyos diversos tipos (el gaucho, el baqueano, el cantor, el gaucho malo, etc.), describió magistralmente en *Facundo*.

El gobierno de España, en vez de destruir la población indígena, procuró civilizarla y atraerla por medios pacíficos, y si en un principio, en el furor de la conquista, se cometieron crueldades, luego se procuró enmendar estos yerros; el Padre de las Casas cruzó repetidas veces el Océano para poner en conocimiento de los reyes la miserable condición de los indígenas, sujetos a una oprobiosa servidumbre, y logró obtener de aquellos príncipes insignes edictos y ordenanzas en favor de la oprimida raza. Los españoles nunca tuvieron a desdoro unirse a las mujeres indias, y muchas se casaron con ellos.

Europas: la una medioeval y la otra moderna. La primera, con España a la cabeza, había resistido a la Reforma y al Renacimiento, la otra con los pueblos anglo-sajones en primera fila, había escuchado a Lutero, a Galileo, a Bacon, a Descartes, según los países. En la una, todo le parecía teocracia, inquisición y feudalismo; en la otra, todo le sonaba a progreso, libre examen y democracia. La civilización yankee fué obra del arado y de la cartilla; la

En el ósculo que se dieron Cortés y doña Marina, se unieron dos razas intrépidas y nobles que contaban infinitas hazañas en sus archivos gloriosos. Una raza servil no sucumbe como la azteca bajo los escombros de la gran Tenoxtitlán. Pero es más fácil destruir que edificar. Los ingleses, y sus sucesores los «yankees», prefirieron el primer sistema y llenaron con el excedente de la población norte-europea los huecos que dejaba la raza indígena, a la que no quisieron o no pudieron civilizar. Así se encontraron con una masa de población totalmente civilizada, que al venir a América no hizo más que cambiar de residencia. En cambio el hispano-portugués acometió la inmensa labor de redimir una raza vencida y degradada por la servidumbre y de adaptarla a su medio cultural, ya por medio de la educación, ya por la mestización continua. Analizando la constitución íntima de los pueblos en América, se advierte que la población de los Estados Unidos no es inglesa, ni irlandesa, ni holandesa, ni eslava, ni francesa, ni española, ni italiana, ni hebrea, sino una mezcla de todas estas ramificaciones de la gran familia arrio-semítica, sin más lazos de unión que el idioma. En unos Estados predominan los anglosajones (Virginia, Maryland, Delaware, Pensilvania, Massachussets, etc.), en otros los teutones (Wisconsin), los iberos (Florida), etc. *No existe un tipo de raza definido, que está en gestación.* En cambio el hispano-americano, el mestizo de indígena y peninsular, ofrece ya una fisonomía imborrable, un carácter peculiar de una sola familia, y aunque la República norteamericana se nos presenta como un todo homogéneo, hay más unidad en la aparente diversidad de las naciones hispanoamericanas que en dicha República, cuyos miembros, ligados hoy por un ideal común nacido al calor de la prosperidad, quizá no resistirían la influencia disolvente de la derrota o de la ruina de la nación.

sudamericana la trajeron la cruz y la espada. Allí se aprendió a trabajar y a leer; aquí a holgar y a rezar.»

Como monumentos de la decantada libertad inglesa, ahí están las sangrientas persecuciones de que fueron víctimas, sucesivamente, católicos y protestantes bajo los reinados de Enrique VIII, María, Isabel y Jacobo I; los excesos de los puritanos y de los *santos* del ejército parlamentario; los asesinatos de Irlanda; la despoblación de esta isla, que tenía en 1840 ocho millones de habitantes, y hoy apenas tiene cuatro; la guerra de los cipayos en el Indostan; la *penetración pacífica* en el Africa del sur; la destrucción de las Repúblicas boers, y las exacciones que motivaron la guerra de independencia de los Estados Unidos.

Lo civilización «yankee» en sus orígenes no fué obra del arado y de la cartilla, sino del látigo y del evangelio. Quien haya leído la obra conmovedora de Mrs. Stowe, *Uncle Tom's Cabin*, no dudará de ello. La libertad inglesa sólo ha existido para el «súbdito inglés» y el «ciudadano americano» de piel sonrosada, cabellos lacios y ojos azules; para el descendiente del cuáquero, y del holandés; pero no para el judío (*jew*), ni para el italiano (*nego*), ni para el mexicano (*greaser*), ni para el japonés (*yellow people*), ni para el negro (*negroe*), pues si disfrutaban de derechos políticos y se les permite votar, en la sociedad son objeto de aversión o repugnancia, su labor es tasada sin equidad, y se les tolera porque, como elementos de trabajo, son indispensables. Bien conocidos son los incidentes a que dieron lugar las leyes restrictivas del Estado de California contra los japoneses; la exacerbación de los ánimos en muchas poblaciones cuando se supo el vencimiento del campeón Jeffries por el formi-

dable negro Jhonson; las manifestaciones ruidosas a que da lugar siempre la representación de la famosa obra *Clansman*; el linchamiento del *greaser* Rodríguez en Rocks Spennng, que dió lugar a los tumultos de Guadalajara y a la protesta del gobierno mexicano; la matanza de negros en Springfield, y otros muchos sucesos que deshonran al pueblo de Norte América, que, cegado por su grandeza material, ha olvidado que los principios de libertad y justicia rigen el mundo, y que las grandes fuerzas espirituales que lo asistieron en su cuna pueden conjurarse para derribarlo de su áureo pedestal. En efecto, apunta en el Oriente el terrible competidor; un pueblo de hombres de tez amarillo-aceitunada y ojos oblicuos, remotos antepasados quizás de los misteriosos toltecas y de los incas, que también tienen el sol como emblema, y que, sustentando su doctrina de Monroe asiática, cierran a los hijos de Mammón la puerta dorada de la China.

Mas si el admirable desarrollo de los Estados Unidos no se debe a la fe de sus cuákeros ni a la virtud de sus puritanos, ni a la superioridad de sus elementos étnicos ni a la sabiduría de sus políticos, ¿a qué se debe, pues? A la inmigración, a la caudalosa corriente humana que durante un siglo se ha dirigido a sus playas. ¿Y por qué esa corriente, ese *gulf stream* de sangre europea se ha dirigido a Norte América y no a México, a Centro América, a Colombia, a Venezuela, al Brasil, sin que bastaran a detenerla o desviarla los diques que le ha puesto el gobierno de la Casa Blanca por medio del departamento de inmigración? ¿Se deberá esto a la superior cultura, a las admirables instituciones, al orden y a la riqueza de la gran República? No; se debe a dos causas fortuitas u ocasionales: la posición geográfica y el clima.

La civilización norteamericana se ha extendido de Este a Oeste y de Norte a Sur, siguiendo la ruta que desde los tiempos prehistóricos se trazaron los pueblos arios. Los Estados Unidos y Canadá se encuentran en la misma latitud que Europa, gozan de los mismos climas, tienen una naturaleza semejante y son los países de América más próximos al continente europeo. Si Cristóbal Colón no hubiese variado en los últimos días, a instancias de su tripulación, la ruta que llevaba, sabe Dios el cambio inmenso que se habría efectuado en la vida del universo; por lo pronto, en vez de tocar tierra en las Bahamas o Lucayas, lo hubiera hecho en el continente, en las costas de la Virginia o de Maryland; el norte habría sido poblado por los hispano-portugueses, y los anglo-sajones quizás se hubieran establecido en las orillas del Plata y en la Patagonia. La colonización anglo-sajona principió en los trece Estados primitivos; se extendió a los territorios centrales, mediante la compra de la Luisiana a Francia; abarcó la Florida, que España se vió obligada a vender; penetró en Texas, y, a consecuencia de la guerra con México, cubrió todo el territorio que poseía esta nación desde el Utah hasta el Pacífico.

La población aumentó de una manera vertiginosa, duplicándose cada veinte años (1). El incremento normal de la población de las naciones más fecundas acusa un máximo de 1,59 por 100 anual (2). Los Estados Unidos alcanzaron en 1810 un 3,64 y en 1850 un 3,59, merced a la inmigración. Casi toda esta masa de población entró por

(1) En 1790 la población de los Estados Unidos ascendía a 3.929.214 almas; en 1820, a 9.638.453; en 1840, a 17.069.453; en 1860, a 31.443.321; en 1880, a 50.155.783; en 1910 a 75.994.575, y en 1910, a 91.972.266.

(2) Prusia, en 1915.

New York y se esparció luego por el interior del país. En cambio, México, Centro América, Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y el interior de Sud América, situados a una distancia considerable de las rutas de la civilización y en plena zona tórrida, con un litoral ardiente, valles caldeados y una atmósfera insalubre, no brindaban las mismas facilidades al inmigrante, y por eso es más de admirar la pujanza de la raza española, que, según la frase de un distinguido hispanista norteamericano, ha sido la única que ha podido llevar una civilización a los trópicos. Sin embargo, en el hemisferio austral, en el extremo sur de la América, la raza «latina» encontrando un clima más benigno y semejante al de la Europa mediterránea, ha dado origen a tres ricas y populosas Repúblicas (la Argentina, Chile y Uruguay) que compiten ya en cultura y esplendor con la gran nación del norte. El mismo prodigioso desarrollo que se observó en los Estados Unidos en el siglo XIX, obsérvase hoy en las márgenes del Plata donde se alzan la inmensa Buenos Aires y la hermosa Montevideo (1). Este hecho innegable echa por tierra las teorías de Sarmiento. La inmigración a que ha debido su grandeza la nación argentina no ha sido anglo-sajona ni bebió sus ideas de libertad y progreso en las fuentes de la Reforma como los peregrinos de la *Mayflower*, sino española e italiana en su casi totalidad, e imbuída en los

(1) La población de Buenos Aires era de 24.754 habitantes en 1797; de 45.000, en 1810 (año de la independencia); de 68.890 en 1822; de 90.076 en 1855; de 187.346 en 1860; de 433.375 en 1887; de 663.854 en 1895; de 795.323 en 1899; de 865.490 en 1902; de 1.203.050 en 1909, y de 1.600.000 en 1915. La población total de la República Argentina, que en 1869 llegaba a 1.830.214 habitantes, subió a 3.954.911 en 1915; a 6.489.022 en 1909, y a 9.800.000 en Diciembre de 1915.

principios religiosos de la Iglesia católica, y ha dado a Sud América sabios profesores, eximios literatos y estadistas eminentes. «Sí, allí la cultura existe... —decía Anatole France, de regreso de su viaje al Plata, a Enrique Gómez Carrillo—. Aquel pueblo ha hecho, en poco menos de un siglo, lo que a nosotros, los europeos, nos ha costado mil años... ¡Qué maravilloso sentido artístico el del pueblo hispano-americano!... Buenos Aires es, no sólo una ciudad opulenta, no sólo una metrópoli de riquezas y de lujo, sino también un emporio de alta cultura, de gusto refinado, de clara intelectualidad...»

No existiendo la pretendida superioridad de los anglo-sajones sobre los neo-latinos, que absorbieron en parte a los aborígenes —araucanos, aztecas, incas, etc.— ¿en qué basan aquéllos sus pretensiones de conquista sobre las pequeñas Repúblicas hispano-americanas y de hegemonía sobre el resto del continente?

La *doctrina de Monroe* parece ser la bandera de conquista de ese pueblo ávido de predominio y de riquezas.

El Sr. Elihu Root, en el discurso inaugural que pronunció en Washington el 2 de Abril de 1914 en la octava reunión anual de la Sociedad Americana de Derecho Internacional, dijo estas palabras:

«En los últimos años ha invadido la prensa nacional y afectado la opinión pública, una falsa concepción de lo que la doctrina de Monroe es, de lo que ella pide, de lo que ella justifica, de su alcance y sus limitaciones. Invócanla para planes grandiosos de expansión nacional. Invócanla también por motivos interesados, que han de redundar en ganancias para ciudadanos particulares de los Estados Unidos; otros muchos piden que se obligue a los

países de Centro y Sud-América a que hagan o dejen de hacer esto o lo otro. También invocan la doctrina de Monroe con pretendido clamor por la gloria nacional... Y se la invoca también en nombre de aquella intolerancia que pide la fiscalización de la conducta y la opinión de otros pueblos, lo que es la esencia de la tiranía. Las gentes irresponsables que no distinguen la diferencia entre derecho legítimo y la acción material, dan por sentado que la doctrina de Monroe es un mandato de intervención en los asuntos internos de las naciones más débiles del Nuevo Mundo. Contra esta supuesta doctrina de Monroe se han lanzado con justicia muchas protestas en los Estados Unidos y en la América del sur. Esas protestas no tienen aplicación alguna a la verdadera doctrina de Monroe.»

Mr. Root reconoce que en su país se ha verificado un cambio en la interpretación de la doctrina de Monroe, y encuentra justificada la alarma de los países hispano-americanos; pero atribuye a «la prensa» y a «la opinión pública» ese falso concepto, que en realidad ha nacido en la Casa Blanca, y que ha impulsado desde hace más de cincuenta años la política expansionista de los Estados Unidos hacia las Repúblicas del sur. La declaración solemne y honrada de Monroe —sugerida y apoyada por Inglaterra— (1), pudo ser un alto a las naciones de la Santa Alianza en aquella memorable oca-

(1) Inglaterra deseaba cerrar el camino del Canadá a Rusia, que ya se había apoderado de Alaska, y temerosa de que la Santa Alianza, que acababa de celebrar un tratado después de las conferencias de Aquisgrán, Leybach y Verona, apoyara las pretensiones del Imperio moscovita, insinuó al presidente Monroe aquella declaración. Mr. Canning, el ministro inglés, llegó hasta proponer una declaración conjunta de principios por Inglaterra y los Estados Unidos.

sión; pero luego se ha convertido en un dogal que estruja y ahoga a nuestras débiles nacionalidades.

«Es un deber de franqueza —dijo el presidente Monroe en su célebre mensaje de 2 de Diciembre de 1823— que es preciso cumplir, para mantener las relaciones amistosas que existen entre los Estados Unidos y aquellas potencias (1), declarar que consideraríamos toda tentativa de parte de ellos, de extender su sistema a cualquiera región de este hemisferio, como peligrosa para nuestra paz y nuestra seguridad. Con las colonias o dependencias de las potencias europeas no hemos intervenido ni habremos de intervenir. Pero con los gobiernos que han declarado su independencia y que la han sostenido, y cuya independencia hemos reconocido por graves consideraciones y justos principios, no podríamos ver intervención alguna que tuviera por objeto oprimirlos o de otra manera dirigir sus destinos a otra luz que como la manifestación de una disposición poco amigable (*unfriendly*) a los Estados Unidos.»

«La doctrina de Monroe —dice el Sr. Root en su citado discurso— no afirma, no implica ni entraña derecho alguno por parte de los Estados Unidos a mermar o dominar la soberanía independiente de ningún Estado americano.»

Y Roosevelt:

«En muchas partes del Sud-América ha existido una mala inteligencia de la actitud y propósitos de los Estados Unidos hacia las otras Repúblicas americanas. Prevalecía la idea de que nuestra afirmación de la doctrina de Monroe implicaba o llevaba consigo una arrogación de superioridad y de un de-

(1) Las de la Santa Alianza, o sean España, Francia, Rusia y el Imperio.

recho a ejercer alguna clase de protectorado sobre los países a que esa doctrina se aplica. Nada podría distar más de la verdad.»

Palabras, palabras y palabras, como decía Hamlet.

La opinión dominante en la América española es que la doctrina de Monroe constituye una tutela y un protectorado oprobioso sobre todas las Repúblicas de aquende el Bravo; y es como una barrera a las demás potencias para que no aumenten sus posesiones o no se establezcan en América, no como la expresión de un sentimiento de simpatía hacia el pueblo hispano-americano, sino porque los Estados Unidos entienden que todo el continente les pertenece y debe estar bajo su dominio o sujeto a su influencia.

Los hechos confirman esta creencia. Los Estados Unidos nunca han procedido como defensores ni auxiliares de sus pequeñas hermanas, sino como un vecino codicioso y brutal que acecha las ocasiones favorables para arrebatarles su heredad, adueñarse de sus aduanas, incautarse de sus puertos, dominar sus industrias, sus ferrocarriles, sus tranvías y hasta sus establecimientos de viveres, humillar sus gobiernos, corromper sus políticos y manchar su honor. Tal veinte incautas y hermosas doncellas en el palacio de Barba Azul.

Pero —se dirá— la doctrina de Monroe ha salvado a la América hispano-portuguesa de la tentativa de reconquista de la Santa Alianza, de la influencia francesa, del yugo de España, de la penetración alemana. No; los Estados Unidos en la fecha de la declaración de Monroe no tenían fuerza bastante para oponerse a los designios de la Santa Alianza; en cambio, la América latina sí las tenía para hacer frente a cualquier invasión, como lo de-

mostró el fracaso de la expedición del general Barradas en México; los Estados Unidos no se opusieron a la intervención de las potencias en esta última República, limitándose a aceptar fríamente las seguridades que aquéllas le daban de que no tenían intención de ocupar territorios permanentemente, sino obligar al gobierno mexicano a respetar sus compromisos y a cumplir sus obligaciones; sólo cuando se encendió la guerra, y el inmortal Juárez con un puñado de héroes dió un golpe de muerte al Imperio de Maximiliano, la gran República salió de su prolongada expectación (*Wachfull waiting*), y se decidió a insinuar a Napoleón III el retiro de sus tropas; los Estados Unidos reconocieron tardíamente la independencia de las Repúblicas hispano-americanas: opusieronse a que Bolívar llevara el ejército colombiano a Cuba, como era el proyecto del Libertador, e hicieron fracasar la Dieta de Panamá; y, finalmente, cuando Alemania, la Gran Bretaña e Italia se unieron para obligar al Gobierno del general Castro a atender sus reclamaciones, el Gobierno alemán notificó al de los Estados Unidos que no tenía en mira adquirir ni ocupar prematuramente territorios en Venezuela, a lo que el Gobierno de Wáshington contestó que «aunque deploraba que las potencias europeas apelaran a la fuerza contra los países de la América Central y del Sur, ese gobierno no podía oponerse a que las potencias tomaran medidas para resarcirse de perjuicios sufridos por sus súbditos».

En cambio, la doctrina de Monroe ha servido para que poco a poco se extienda la influencia de los Estados Unidos sobre el Continente hispano-portugués, y para que los pequeños países comprendidos entre la línea ecuatorial y el trópico de Cáncer caigan bajo su dominio o protectorado.

Desde la incorporación de la Florida, que España se vió forzada a vender, los Estados Unidos se han apoderado de los siguientes territorios hispanoamericanos, empleando a veces la fuerza; otras, la intriga y el soborno; siempre, el dolo:

Texas (1836-1845).

California (1846).

Arizona (1848).

Nuevo México (1848).

Utah (1848).

Porciones de Colorado y Wyoming (1848).

Puerto Rico (1898).

Zona del Canal (1903).

PROTECTORADOS:

Cuba.

Panamá.

Nicaragua.

CONCESIONES A PERPETUIDAD:

Estación de Guantánamo (Cuba).

Bahías, golfos, aguas e islas de Panamá.

Islas del Maíz (Corn Great Island y Corn Little Island, en el Atlántico).

Base naval del golfo de Fonseca (Centro América).

La política de expansión de los Estados Unidos no sólo se dirige contra la América española, sino que amenaza a los países europeos que aún conservan posesiones en el Nuevo Mundo, o sea Inglaterra, Francia y Holanda. No mencionamos a Dinamarca, porque su pabellón acaba de ser arriado en las Antillas. El Congreso danés aceptó la oferta de los Estados Unidos, y vendió las islas. Hizo bien:

si no las hubiera vendido, se las habrían arrebatado, hundiéndole algún barco, matándole 300 o 400 hombres y humillando su pabellón. La bandera francesa no tardará en dar el postrer adiós a la América. La doctrina de Monroe se revuelve hacia los cuatro puntos cardinales como la espada de fuego del querub del paraíso, para hundirse luego en el pecho de la indefensa y candorosa Eva.

Los Estados Unidos, después de colonizar la Luisiana que Napoleón les vendió por una bicoca, pusieron los ojos en Texas. La inmensa República mexicana era víctima de una de sus frecuentes convulsiones, y no podía rechazar las oleadas de la invasión «yankee», que amagaba sus fronteras. Inicióse la conquista por medio del *establecimiento de colonos americanos* en el territorio de Texas; luego, cuando el número de colonos aumentó hasta el punto de que superó a la población mexicana de raza blanca, Samuel Houston y otros agitadores proclamaron la independencia del Estado. El general Santa Anna, presidente de México, a la cabeza de un ejército, marchó a sofocar la rebelión; pero los rebeldes, engrosados por un número regular de *voluntarios yankees* y abastecidos de toda clase de armas y provisiones de fusil y de boca procedentes del otro lado de la frontera, no solamente resistieron a las fuerzas mal armadas y peor dirigidas de Santa Anna, sino que le ganaron a éste la acción de San Jacinto y lo hicieron prisionero (1836). Fue proclamada solemnemente en San Antonio la constitución de la República de Texas, y los Estados Unidos se apresuraron a reconocerla. México continuó entregado a las facciones. El general Bustamante, que reemplazó a Santa Anna, no sólo tuvo que hacer frente a las asonadas y pronunciamientos que se sucedían sin cesar, sino también a las exi-

gencias del gobierno francés, que con el fin de hacer efectivas las reclamaciones de varios de sus súbditos que habían sufrido perjuicios con motivo de la guerra civil, envió a Veracruz la escuadra del almirante Baudin, quien presentó un ultimatum, y habiéndosele contestado negativamente, procedió al bombardeo de San Juan de Ulúa, fortaleza de origen colonial que domina la entrada del puerto de Veracruz. En 1845 la República de Texas declaró su anexión a los Estados Unidos, y fué admitida como un Estado de la Confederación del Norte. La California fué invadida en 1846 sin previa declaración de guerra, y el 25 de Julio del mismo año la bandera *yankee* fué izada en Monterrey. El gobierno mexicano protestó, y a principios de 1847 se rompieron las hostilidades entre los dos países. El inmenso peligro que corría la República no bastó para imponer una tregua a las facciones, y mientras el general Zacarías Taylor avanzaba en territorio de México, los rebeldes derrocaban al general Paredes y reponían en el mando al funesto Santa Anna. De nada valieron los heroicos sacrificios de los mexicanos en Saltillo y en Monterrey, que el patriotismo y la bravura, aunque salvan la honra de la bandera, no suplen la falta de una buena artillería, de un armamento adecuado, de una conveniente organización y de un jefe instruído y sagaz; el enemigo arrolló cuantos obstáculos se le opusieron, y después de una campaña relativamente corta y feliz, el general Scott, que había avanzado por la región de Veracruz, se presentó ante la ciudad de México, con asombro de los ribereños de Texcoco y Xochimilco. El último baluarte de la nación mexicana, sobre el que aún batía sus alas gloriosas el águila de Tenoch, era Chapultepec, que como un puño crispado se alzaba de la tierra amenazando al invasor.

Pero la guarnición no era numerosa, y se componía casi exclusivamente de alumnos del Colegio Militar, el mayor de los cuales no contaba dieciocho años, niños a quienes aún no apuntaba el bozo y ya recibían, con el beso de la Muerte, el de la Gloria. El castillo fué tomado por asalto; la defensa sobrepasó los límites de la epopeya; las faldas del histórico cerro se cubrieron de cadáveres de mexicanos e invasores, que se despeñaban de la altura aferrados los unos a los otros; por último sucedió un silencio de muerte, y sobre aquel cuadro de sangre onduló la bandera de las barras y las estrellas, mordida más que acariciada por los vientos. El 14 de Septiembre de 1847, el general Scott entró con su ejército victorioso en la ciudad de México (1). La guerra había concluído, y el 2 de Febrero de 1848 se firmó en Guadalupe el Tratado de paz, cediendo México a los Estados Unidos, no solamente el Estado de Texas, sino la extensa zona que ahora forman los Estados de California, Nuevo México, Arizona, Utah y porciones del Colorado y del Wioming, es decir, un territorio equivalente a la mitad de México en el que cabrían holgadamente Francia, Alemania, Inglaterra e Italia juntas, y aún habría espacio para Bélgica, Holanda y Dinamarca, y no se crea que despoblado, sino con ciudades tan bellas y florecientes como San Antonio, San Francisco, San Diego y los Angeles, donde aún se conservan reli-

(1) Asombrará al lector la rápida ocupación de la capital; mas téngase presente la deplorable situación en que estaba sumida en aquella época la nación mexicana, y recuérdese que en 1812, habiendo estallado la guerra entre Inglaterra y los Estados Unidos, entonces sin ninguna preparación política ni militar para sostener el choque, los ingleses entraron por el Potomac, se apoderaron fácilmente de la ciudad de Washington y le prendieron fuego al Capitolio.

quias del arte español y se oye el dulce lenguaje de Alarcón y sor Inés de la Cruz (1).

En 1854, el aventurero William Walker, natural de Nashville, en el Estado de Tennessee, organizó una expedición en San Francisco de California para invadir el Estado mexicano de Sonora. El éxito no correspondió a sus esperanzas, y se vió obligado a huir; pero poco después reapareció en la Baja California al frente de otra expedición, que también fracasó. El gobierno mexicano, por medio de sus agentes, lo persiguió ante los Tribunales de los Estados Unidos, acusándolo de haber infringido las leyes internacionales. Walker, audaz y tranquilo, se presentó ante el Jurado y se defendió a sí mismo. La enorme concurrencia que asistía a los debates lo aclamó con un entusiasmo semejante al que agitó al *buen pueblo de Londres*, cuando Drake se pre-

(1) Viajando el autor de estas líneas de la ciudad de México a San Luis Missouri, tuvo ocasión de observar que México espiritual y materialmente continúa más allá del río Bravo, a pesar de los setenta y pico de años de dominación norteamericana sobre el Estado de Texas. Al llegar a San Antonio, lo despertó en el *Pullman* la confusa gritería de los vendedores de periódicos, que voceaban los diarios de la localidad. Apartó las cortinillas del coche y echó una ojeada al exterior. La estación estaba llena de individuos de sombrero puntiagudo y pantalones estrechos, como se usan en México, que iban y venían, hablando en un castellano salpicado de modismos criollos. Los pequeños vendedores de periódicos voceaban en inglés su mercancía; pero se disputaban la preferencia de los pasajeros cuchicheando y alborotando en castellano. Años más tarde, el autor tuvo oportunidad de detenerse algunos días en San Antonio, y pudo observar que esta ciudad, con excepción del centro, donde están el principal comercio y la Banca, continúa siendo una población mexicana. Lo mismo sucede con muchas poblaciones, grandes y pequeñas, de California, Arizona y Nuevo México, si bien el elemento anglo-sajón es siempre el más rico, influyente y poderoso.

sentó en el Támesis con la rica presa que había efectuado en los mares de América, y Walker fué absuelto.

El «coronel» Walker se hizo editor de un periódico, del que su viejo conocido Byron Cole era uno de los propietarios.

Byron Cole hacía algún tiempo tenía los ojos clavados en Nicaragua, uno de los cinco Estados de la —en mala hora— disuelta Federación Centro-americana, que era víctima de la encarnizada guerra civil que se hacían legitimistas y democráticos, o, hablando con más propiedad, *granadinos* y *leoneses*. Conocida es la rivalidad que existía de antaño entre León y Granada, las dos más cultas y populosas ciudades de Nicaragua, cuyos hijos, a manera de Capuletos y Montescos, teñían de sangre los bellos campos y los soberbios lagos de su país natal. Apoyaba Granada, fiel a sus tradiciones conservadoras, al gobierno legitimista del presidente Estrada, sucesor de don Frutos Chamorro; sostenía León la causa liberal del licenciado Castellón, a quien la municipalidad había nombrado, arrogándose facultades que sólo le corresponden al pueblo y al Congreso, *Supremo Director provisorio del Estado*, y a quien el voto de gran parte del pueblo nicaragüense había confirmado luego en el ejercicio de su autoridad. La suerte de las armas se había inclinado alternativamente a ambos partidos, y a pesar de los esfuerzos de los contendientes la solución del conflicto no parecía cercana.

Deseosos Castellón y el general Jerez de poner fin a la lucha con el completo vencimiento de los legitimistas o conservadores, dieron oídos a las proposiciones de Byron Cole, quien se comprometió a formar en el extranjero un cuerpo auxiliar de trescientos hombres de diversa nacionalidades, que, a

imitación de los suizos y de los lansquenets alemanes en las guerras europeas, combatirían en favor de los demócratas mediante un salario convenido, a las órdenes de un jefe experimentado como el coronel William Walker, y una vez alcanzada la victoria, serían licenciados, proporcionándoles el regreso a New Orleans o a New York, o concediéndoseles varias acres de tierra de cultivo a los que prefirieran quedarse en Nicaragua.

Celabrado el contrato en forma que no se violara abiertamente la ley federal norteamericana de 1818 referente a expediciones de este género, William Walker presentó su proyecto al general Wool, comandante de la división del Pacífico, quien no sólo no se opuso a la empresa, sino que le deseó buena suerte (1).

A mediados de Abril de 1855, el bergantín *Vesta*, llevando a «Walker y su fortuna», zarpó de San Francisco de California para Nicaragua. Cincuenta y ocho hombres solamente acompañaban al audaz aventurero, habiéndosele desertado la mayor parte de sus *colonos* debido a un desagradable incidente que ocurrió cuando se disponía a partir, y que retrasó algunos días la partida.

El 13 de Junio ancló el *Vesta* frente a Realejo.

«Eran cerca de las cuatro de la tarde —anota el aventurero en sus memorias— cuando los americanos llegaron al muelle de Realejo y tocaron por la primera vez la tierra de Nicaragua.

»El cuartel estaba próximo al lugar del desembarco, y cuando Walker pasaba, un oficial joven y esbelto, con una pequeña capa de un rojo vivo arrojada graciosamente sobre el hombro izquierdo,

(1) LORENZO MONTÚFAR: *Reseña Histórica de Centro-América*, tomo VII, cap. X.

hizo salir la guardia y saludó a los extranjeros que arribaban.

»Los soldados tenían una cinta colorada con las palabras: *Ejército Democrático*.

»No llevaban uniformes, y por toda música se oía un mediano tambor; pero tenían un buen aspecto militar, y su paso, libre de zapatos y sandalias, era excelente.

»Mientras los americanos iban por la calle que conducía al cuartel que se les había designado, las mujeres, engalanadas con sus mejores vestidos, saludaban desde las puertas y ventanas graciosamente a los extranjeros que venían a buscar un hogar en medio de ellas y a compartir la suerte del partido al que estaban afiliados sus maridos, sus amantes, sus padres y sus hermanos» (1).

Castellón recibió a los recién llegados con vivas muestras de júbilo, porque desde Diciembre sus negocios no andaban bien.

El 20 de Junio, Walker fué nombrado coronel del ejército democrático, y poco después salió a campaña a la cabeza de doscientos nativos y de su reducida *Falange* (2). Con estas tropas atacó la plaza de Rivas y fué completamente derrotado; pero pronto se rehizo, alcanzó algunas pequeñas ventajas, recibió el nombramiento de general y tomó por sorpresa la ciudad de Granada. Esta victoria le valió cien soldados decididos que se le pasaron de los mismos legitimistas, y el 17 de Octubre recibió un refuerzo de sesenta aventureros que le trajo el vapor *Uncle Sam*.

Desde este día la *Falange* continuó engrosán-

(1) WILLIAM WALKER: *La guerra de Nicaragua*.

(2) El cuerpo expedicionario norteamericano recibió este nombre.

dose y Walker creciendo en prestigio y valimiento.

El 23 de Octubre Walker, árbitro ya de Nicaragua, suscribió un Tratado con el general en jefe del ejército legitimista, don Ponciano Corral, en virtud del cual cesaban las hostilidades entre los dos bandos y se nombraba presidente provisorio de Nicaragua a don Patricio Rivas.

El 28 del mismo mes Walker y Corral se abrazaron en la plaza de Granada, y juntos se dirigieron a la iglesia donde el famoso padre Vigil entonó el *Te Deum*.

El 30, don Patricio Rivas asumió el mando, y al día siguiente nombró ministro de la Guerra a Corral y general en jefe a Walker.

No duró mucho la armonía entre estos dos jefes: Corral aspiraba a deshacerse de Walker; quizá se había dado cuenta del inmenso peligro que corría Nicaragua con la desmedida autoridad del caudillo yankee; pero éste le ganó por la mano. Walker sorprendió unas cartas de Corral al presidente Guardiola; en una de las cuales decía: «Nicaragua es perdida, perdida Honduras, San Salvador y Guatemala, si dejan que esto tome cuerpo.» En el acto, Walker hizo reforzar todas las guardias de la ciudad y ordenó que nadie saliera de ella sin su permiso; citó al presidente y a los miembros de su Gabinete, que se presentaron temblando en su cuartel general, los increpó con dureza, dió lectura a las cartas y mandó prender al ministro, convicto y confeso de su culpa. Un consejo de guerra, compuesto exclusivamente de norteamericanos, condenó a muerte a Corral, y la sentencia se cumplió el 8 de Noviembre en la plaza de Granada.

El fusilamiento de Corral resonó trágicamente en Centro América. La audacia de aquel aventurero

rayaba en lo increíble; pero su crueldad, en vez de aterrorizar a los nicaragüenses, los inflamó en el deseo de sacudir su yugo ominoso.

«La empresa de Walker —dice Montúfar— no era simpática en Europa. La combatía también en los Estados Unidos todo el partido antiesclavista. En las Repúblicas hispano-americanas se vió como una intentona contra la independencia. Todos estos antecedentes reunidos hicieron que en muchas naciones se mirara con profundo disgusto el reconocimiento que el ministro americano Wheeler hizo en Granada del gobierno del señor Patricio Rivas. El cuerpo diplomático residente en Washington se conmovió. Los ministros de Inglaterra, España y Francia hicieron manifestaciones al presidente de los Estados Unidos... Visto todo esto, el presidente de los Estados Unidos desaprobó la conducta de su ministro, y tuvo a bien condenar la empresa de Walker...» (1).

La primera en lanzarse a la lucha contra Walker y su gavilla de facinerosos, fué Costa Rica, República humilde y laboriosa, la última en población y la más ignorada en el mundo a causa de su pequeñez y su paz proverbial; pero dispuesta siempre al sacrificio por la libertad de sus hermanas.

El presidente, don Juan Rafael Mora, hombre valeroso y genial, que a moverse en un escenario más vasto fuera señalado a la par de los héroes de la Grecia antigua, declaró la guerra a los filibusteros y movió su pequeño ejército contra el invasor. El 20 de Marzo de 1856, la vanguardia del ejército costarricense, compuesta de quinientos hombres a las órdenes del general don Joaquín Mora, derrotó completamente con una brillante carga a la bayoneta,

(1) LORENZO MONTÚFAR, obra citada.

que duró catorce minutos, a cuatrocientos filibusteros que, bajo las órdenes del húngaro Schlessinger, habían invadido la provincia del Guanacaste y se habían atrincherado fuertemente en la hacienda de Santa Rosa. El efecto de esta derrota sobre el ánimo de los filibusteros fué desastroso. «No se encuentra un hecho semejante en la historia de los ejércitos americanos, decía el órgano oficial de Walker (1), a no ser el saqueo de la ciudad de Washigton. Todas las ventajas de tiempo y de lugar estaban a nuestro favor; el prestigio del valor americano en riesgo de un golpe, todo contribuía a ganar la batalla; pero ninguna de estas ventajas, ni todas ellas juntas nos libraron de una cruel y vergonzosa derrota.»

El pequeño ejército que había vencido a los tiranos de Nicaragua, a los soldados de Tylor y de Scott, no estaba compuesto de veteranos endurecidos en las batallas, sino de labriegos que acababan de soltar los instrumentos de labranza para empuñar el fusil de chispa; pero eran los remotos descendientes de los cántabros y astures que acompañaron a don Pelayo en la obra milagrosa de la reconquista.

La victoria de Santa Rosa, que merece llamarse el *Maratón centroamericano*, fortaleció en el pueblo costarricense la fe en el triunfo, y quitó a los invasores el prestigio de invencibles de que hasta entonces habían gozado.

El general Mora, con su ejército victorioso, cruzó la frontera y se apoderó de la ciudad de Rivas, donde no tardaron en reunírsele el presidente de la República y su Estado Mayor.

Walker, reuniendo seiscientos hombres y llevan-

(1) *El Nicaragüense*, periódico bilingüe que se publicaba en Granada.

do sus mejores tenientes, intentó una sorpresa el 11 de Abril, y a las ocho de la mañana atacó a Rivas por tres lados, trabándose el combate de una manera terrible y desventajosa para los costarricenses; porque los norteamericanos en el primer ímpetu lograron apoderarse de los principales edificios, y para desalojarlos fué necesario avanzar a pecho descubierto. Todo el día se combatió desesperadamente; pero al caer de la tarde sólo quedaba en poder de Walker el famoso *mesón de Guerra*, un vasto edificio aspillero desde el cual hacían un fuego mortífero los enemigos. Entonces, del seno de la raza ofendida, de las filas de aquel ejército de labriegos surgió un héroe, un soldado, casi un niño, con una antorcha en la mano, y prendió fuego al edificio. Juan Santa María, que así se llamaba el héroe, cayó acribillado a balazos al pie del mesón; pero ya las llamas coronaban la techumbre. Una estatua en la ciudad de Alhajuela perpetúa en bronce esta acción, que Rubén Darío celebró en un discurso en que las palabras resuenan como un redoble de tambores y un estridor de clarines en el Whalalla de la inmortalidad. El combate continuó durante toda la noche; pero al amanecer del 12, Walker, completamente derrotado, huyó a Granada con los restos de la *Falange*.

La guerra hubiera terminado aquí; pero el cólera diezmó el ejército vencedor, y fué preciso evacuar la plaza de Rivas y el territorio nicaragüense. Con el regreso de las tropas, el terrible flagelo se propagó en el interior del país, y casi no quedó hogar que no fuera visitado por la peste. Las operaciones bélicas se interrumpieron, y Walker tuvo tiempo de reponerse de sus pérdidas y organizar la *Falange* con los nuevos reclutas que le llegaban continuamente de San Francisco y Nueva Orleans, que eran

los *hot beds* del filibusterismo. Pero el primer impulso estaba dado, y aunque Costa Rica se retiró momentáneamente de la lucha, Guatemala, El Salvador y Honduras declararon la guerra a Walker y enviaron sus ejércitos a Nicaragua.

La guerra iba a entrar en otra fase, porque el filibustero, creyéndose fuerte con los refuerzos que le habían llegado de los Estados Unidos, se arrancó la máscara y proclamó sin reservas su deseo de convertir a Nicaragua en un estado esclavista de la Unión norteamericana. El gobierno del presidente Pierce, alegando que era práctica de antiguo establecida en los Estados Unidos reconocer a los gobiernos de *facto* sin investigar su origen, recibió al enviado de Walker, Vigil, y entró en relaciones con aquellos piratas. El ministro de Costa Rica, don Luis Molina, protestó indignado. También protestó el señor Irisarri, como representante de Guatemala y el Salvador. Los ministros de Inglaterra, Francia, España, Colombia, Chile y Brasil manifestaron su profundo desagrado por la recepción de Vigil, y algunos de ellos protestaron enérgicamente. «Los representantes de Inglaterra y de Francia — dice Montúfar — manifestaron que tropas de su respectivas naciones desembarcarían en territorio nicaragüense para combatir a Walker en unión de Costa Rica, y garantizar así en aquella República los intereses de sus nacionales. Varios buques de guerra pertenecientes a la marina inglesa se dirigieron a Nicaragua. El gobierno de Nueva Granada protestó también. Chile no quiso permanecer inactivo y dió la voz de alarma. Los diputados Errázuriz, Irisarri, Prado, Aguirre, Barriga y otros, presentaron una moción a la Cámara de diputados para que Chile interviniera contra la *Falange* en Nicaragua. El Perú hizo una formal protesta. Los minis-

tros plenipotenciarios y encargados de negocios de las diferentes Repúblicas hispanoamericanas, celebraron en Washington, *sub spe rati*, un Tratado que tiene por fin verificar una Liga para ponerse a cubierto de intenciones contra su soberanía e independencia» (1).

(1) En el tomo VII de la *Reseña Histórica de Centro-América*, del Dr. Montúfar, se encuentran las notas y documentos referentes a los hechos a que alude el ilustre escritor, y cuya lectura encarecemos, por ser importantísima.

En el Mensaje del presidente Pierce, dirigido al Senado de Washington el 15 de Mayo de 1856, se lee:

«Es, por cierto, memorable, bajo este concepto, en la conducta política de los Estados Unidos, que, al paso que nos hubiera sido *tan fácil* anexar y absorber nuevos territorios de América, *como lo es para las naciones europeas verificarlo en África o en Asia*, y cuando en el caso de que lo hubiéramos hecho, habría podido justificarse de la misma manera con la fundada razón de las *ventajas* que hubieran resultado a los territorios anexados o absorbidos; sin embargo, nos hemos abstenido de hacerlo por consideraciones de derecho, así como de política...»

De la nota del Sr. Molina:

«Pero nunca se ha logrado la convicción de algún filibustero, aunque varios de los más prominentes han sido objeto de ovaciones públicas. Nunca ha dejado de ser burlada por muchos criminales, bajo varios pretextos, la vigilancia del *celoso* District Attorney de Nueva York, ni ha llegado a noticia del infrascrito que los de San Francisco y Nueva Orleans hayan tomado medidas para impedir las repetidas expediciones que han salido de uno y otro puerto. La impunidad e impudencia de los filibusteros han ido de mal en peor. El 10 de Abril último se embarcaron públicamente en Nueva Orleans 208 hombres destinados a reforzar a Walker bajo el mando del llamado general Hornsby y otros criminales igualmente conocidos, al son de una banda llamada de Nicaragua. Esta expedición escandalosa fué anunciada con anticipación por la prensa.

» Los desastres que ciudadanos de este país han traído sobre sí yendo a derramar la sangre de pueblos amigos y a sembrar el terror y la desolación en el corazón de los Estados que siempre tendieron la mano y abrieron el seno con senti-

El presidente provisional, don Patricio Rivas, aunque tarde, se dió cuenta de los verdaderos móviles de los filibusteros, e intentó limitar su número y despedirlos del país. Walker desconoció a su hechura y nombró presidente provisorio a don Fermín Ferrer, otro de sus maniqués, a quien hizo expedir

mientos fraternales a los hijos de esta República, ha suscitado gran número de activos simpatizadores en todos los rangos de la sociedad americana. Escritos subversivos han visto la luz pública *aun en el órgano oficial*; ha habido juntas, se han pronunciado discursos y abierto suscripciones; todo con objeto de hacer de lo negro blanco, de ensalzar el crimen, llamándolo virtud, y de inducir al pueblo a prestar ayuda material a Walker contra Costa Rica, porque aquella República *tiene el delito de ser débil y el atrevimiento de defenderse.*»

De la protesta del Sr. Irisarri:

«El origen de esta doctrina fué la invención del presidente de los Estados Unidos, Mr. Monroe, que quiso establecer como un principio que los Estados Unidos gozaban del derecho exclusivo de intervenir en los negocios políticos de este Continente, prohibiendo toda intervención a las naciones europeas. Pero este pretendido derecho no ha sido admitido por ninguna de las quince Repúblicas hispanoamericanas y por el Imperio del Brasil; y si las naciones europeas no han querido hasta ahora ver seriamente aquella declaración, esto importa poco para que las otras de América se consideren sometidas a esta especie de protectorado que ellas no han pedido y que no debe imponérseles por la fuerza. Semejante tutela es altamente injuriosa a los derechos de aquellos pueblos, a quienes se concede su propia soberanía e independencía.»

De la moción presentada por los diputados Errázuriz, Aguirre y compañeros al Congreso chileno:

«Aún es tiempo de hacer que el Aguila no críe las cien alas que deseara tener para cernirse sobre la superficie del globo, y es necesario que la América española, en presencia de un gran peligro, recuerde su grande origen y oponga una grande resistencia.»

»Mañana será tarde, porque la América que miró impassible la conquista de México, dejó al filibustero que sentase sus reales a las orillas del Pacífico, y es preciso que no adquiera otro aduar en las costas de Nicaragua.

»Mañana será tarde, porque si cae Centro América, cae con

un decreto convocando a elecciones. Estas se verificaron sólo en los departamentos de Rivas y Granada, únicos que estaban bajo el dominio inmediato de la *Falange*. Sin embargo, los falanginos fingieron listas de sufragios de todos los departamentos de la República, y se recibieron pliegos cerrados conteniendo votos, como si en realidad se hubiesen emitido. William Walker fué electo de este modo presidente de Nicaragua, y tomó posesión de su cargo el 12 de Julio de 1856.

El ministro de los Estados Unidos, Mr. Weeler, se presentó en la casa del flamante presidente y lo felicitó por su nombramiento.

• «Por dirección del presidente de los Estados Unidos —dijo el diplomático al bucanero— notifico a usted que tengo instrucciones para entablar relaciones con este Estado... El carácter independiente y la energía sin igual de los ciudadanos americanos han visto las ventajas que el Dios de la Naturaleza y la Naturaleza han repartido con tanta generosidad a este país, para hacer de él el camino real de las naciones y la *puerta dorada* del comercio; y con el fin fijo de impedir a cualquier potencia extranjera que quiera retardar su progreso por medio de una

él la llave del Continente americano español en poder de los enemigos de nuestra raza.»

De la protesta del Sr. Osma:

«El gobierno del Perú ha instruido al infrascrito para que proteste en su nombre, como ahora lo verifica, contra el reconocimiento hecho por el de la Unión norteamericana del pretendido gobierno de Nicaragua, y contra todas las consecuencias que pueda ocasionar ese acto en perjuicio de las Repúblicas del Centro América, de las que con ellas formaron antes parte de la Monarquía española, y muy particularmente de la del Perú, que por ese mismo acto debe ver en adelante amagados los sagrados derechos de su soberanía y de su independencia.»

intervención cualquiera, desea el gobierno de los Estados Unidos unirse cordialmente con usted.»

Don Patricio Rivas lanzó un decreto declarando traidor y usurpador a William Walker, y el general Jerez, desde su cuartel general, dirigió comunicaciones a los gobiernos de Centro América dándoles cuenta de los últimos acontecimientos ocurridos y manifestándoles que el gobierno provincial estaba dispuesto a unir sus fuerzas a las de los países hermanos para arrojar a Walker y a su gavilla de Nicaragua.

Walker dió un decreto declarando bloqueados los puertos de Centro América. Las fuerzas de Guatemala, Honduras y el Salvador llegaron a León. Una columna de bucaneros fué batida en San Jacinto. Los aliados entraron en Managua y los falanginos evacuaron Masaya sin defenderla, a pesar de que habían acumulado allí grandes elementos y se habían fortificado de una manera realmente formidable; pero habiendo recibido grandes refuerzos de Nueva York, Walker tomó la ofensiva y derrotó en Masaya al coronel Zavala. El ejército costarricense, pasada ya la epidemia del cólera, volvió a la lucha, y el gobierno de El Salvador envió una nueva columna a Nicaragua a las órdenes del general Asturias.

Walker expidió un decreto aboliendo todos los actos de la Asamblea constituyente de Centro América, lo mismo que del Congreso Federal, y como uno de los primeros actos fué la abolición de la esclavitud, por el decreto de Walker quedó restablecido el infame tráfico de esclavos.

«Walker, en su delirio esclavista —decía Montúfar— increpó a Washington, quien no pudiendo destruir la esclavitud en los Estados del Sur, manumitió a sus propios esclavos... Atribuye todos los

males de la América española a la falta de esclavos.»

En Costa Rica se comprendía que el triunfo sobre Walker era imposible mientras no se le cortase la vía por la que le llegaban recursos. El presidente Mora decretó el bloqueo del puerto de San Juan del Sur y prohibió la navegación del río San Juan a toda clase de embarcaciones mientras duraran las hostilidades.

Walker se había apoderado de los navíos de la *Compañía de Tránsito*, que presidía el comodoro Vanderbilt, y este célebre millonario envió a un sujeto de su confianza, Spencer, con una comisión al gobierno de Costa Rica. Entonces, no existiendo el ferrocarril intercontinental del Norte, todo el tránsito de pasajeros entre los puertos del Pacífico, y los del Atlántico de los Estados Unidos se verificaba por la ruta de Nicaragua. Mora escuchó a Spencer, y obraron de acuerdo. Un cuerpo de 250 hombres al mando del mayu Blanco, al que iba agregado el referido Spencer, salió de San José y se dirigió al río San Juan por la confluencia del San Carlos, sitio adonde llegaron los expedicionarios después de una odisea por los bosques. Uno tras otro, gracias a la astucia de Spencer y al valor de las tropas, fueron tomados siete navíos, algunos de los cuales conducían gran número de voluntarios para el ejército de Walker. En balsas de troncos unidos con *bejucos* ejecutaron esta hazaña los costarricenses, a pesar de las protestas del cónsul norteamericano, que inútilmente pidió protección para las propiedades de la *Compañía de Tránsito* al comodoro de una escuadrilla inglesa anclada en la bahía de San Juan del Norte, quien con indiferencia británica se encogió de hombros.

Los aliados atacaron a Granada el 24 de Noviem-